

El Eco de Cartagena.

AÑO XXX.—NUM. 8685

DIARIO DE LA NOCHE

TELÉFONO NÚM. 58

PRECIOS DE SUSCRICION.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, seis meses, 7'50 id.—Extranjero, tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará a contarse desde el 1.º y 16 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro.—Corresponsales en París E. A. Lorette, rue Caumartin, 6, Mr. J. Jones Faubourg Montmartre, 31, y en Londres, Fleet Street, Mr. C. 186.—Administrador, D. Emilio Garrido López.

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24.

Jueves 9 Octubre 1893.

NAVARRO

19, ISAAC PERAL, 19.



Gran surtido de relojes de bolsillo de oro, plata, níquel y acero. Variedad de los de mesa, pared y despertadores. Excelente taller de composuras. Cadenas, colgantes y diges.

EXACTITUD Y ECONOMIA.

VALOR CIENTÍFICO

de las preocupaciones vulgares en medicina

II

Exudatorios en el organismo—Hay muchos que padecen de hemorroides, erupciones, úlceras antiguas, fistulas, y otros achaques de esta índole, y les aconsejan hasta algunos médicos, que no se las curen, porque esto les sirve de desahogo, para evitar otras enfermedades de más gravedad.

Yo participo de la opinión de que cuando dependen de un vicio general, como sucede casi siempre, ésta, debe combatirse en primer término; y cuando son de origen local, deben curarse por todos cuantos medios estén á nuestro alcance, cuanto antes mejor; á no ser que sean muy antiguos, en cuyo caso conviene se haga de una manera más lenta, y con cierta prudencia.

La rabia—Desde tiempo inmemorial existe la costumbre de cuando una persona es mordida por un perro ó por otro animal rabioso, ir á buscar un saludador ó saludadora para que los cure, por medio de la gracia divina de que dicen estar dotados estos individuos.

Parece mentira que en el siglo que llamamos de las luces, haya quien crea semejantes paparruchas, pues lo que sucede realmente es que como los saludadores, se valen de la succión, para extraer el veneno que ha depositado el animal en la herida, si esta operación se hace bien, y con oportunidad, es decir antes de la absorción del virus, no hay duda que se consigue evitar la enfermedad; pero que esto puede hacerlo quien quiera, siempre que no le repugne.

Malas costumbres.—Hay muchos individuos que tienen el hábito de purgarse con frecuencia, otros de sangrarse, y otros de oinar tal ó cual medicamento, porque les parece que de no hacerlo así, se alteraría su salud.

Lo que sí debe evitarse á todo trance es contraer esas perniciosas costumbres, porque á lo largo dan al traste con el individuo, pero una vez contraídas deben irse corrigiendo de una manera excesivamente lenta, pues sucede con esto, lo mismo que con el borracho, si éste llega á padecer de alcoholismo, y se le prohíbe en absoluto que haga uso de bebidas alcohólicas, causa de su dolencia, se agravará indudablemente su estado; y si el que está acostumbrado á purgarse por ejemplo, dos veces á la semana, se le prohíbe terminantemente, se resentirá su salud; pero si en vez de esto, al alcoholismo se le combate, no haciendo abstracción

absoluta de las bebidas alcohólicas, pero sí procurando darlas en cortas cantidades, y á intervalos cada vez mayores, y con el de los purgantes, y demás, se hace lo mismo, se conseguirá al fin que desaparezcan esos hábitos morbosos; no perdiendo sin embargo de vista que hay un axioma en medicina que dice que, el hábito es segunda naturaleza.

No me ocupo de las muchas preocupaciones que hay con las embarazadas, y con los niños, porque de ellas hablo con la extensión debida en mi folleto titulado *Higiene de la Infancia*, que está de venta en casa del que suscribe.

Preocupación de los baños de Archena.

—Es muy común hasta en algunos médicos que cuando se padecen enfermedades de carácter específico, sean de origen general ó local, y sea cualquiera el período en que se hallen, el mandar los pacientes á estos baños para curar esas dolencias.

Yo considero á los baños de Archena como un remedio infalible, para curar el mercurialismo, y para mejorar notablemente á los que padezcan de reumatismo crónico articular y nudoso, y á los que sufran enfermedades de la piel, de los huesos y cartilagos de naturaleza específica, y en cambio los conceptos perjudiciales en las demás alteraciones que reconozcan este último origen y de aquí el que haya habido que lamentar algunas víctimas.

Id. de los baños de Panticosa—También es muy antigua la creencia de que todo el que padezca de tisis, sea de la clase que quiera, ó el período en que se halle, aconsejarle que tome las aguas azoadas de Panticosa, como remedio seguro ó por lo menos probable de curar dicha enfermedad.

Creo que una vez contraída la tisis tuberculosa, no hay ningún medicamento, ni agua mineral, ni nada, que pueda destruir el tubérculo; lo que sí puede hacerse es prolongar más ó menos la vida de estos enfermos, si toman estas aguas en el período de calma y remisión de los síntomas, y antes que venga la fiebre, pues en otras condiciones es preferible, una y mil veces que el enfermo no salga de su casa, al lado de su familia.

Andrés Collado Piña.

EL LAVADO DE LA SANGRE

El catedrático de la facultad de Medicina de Valencia, doctor Moliner, autor del procedimiento terapéutico contra el cólera, bautizado con el epígrafe de estas líneas, ha dirigido á «El Globo» y otros periódicos un comunicado en el cual extracta las siguientes conclusiones del folleto que tiene en prensa acerca del mismo asunto.

1.ª Los lavados que he hecho en el hospital de coléricos de San José, son los primeros que se han hecho en la ciencia.

2.ª Las bases fisiológicas sobre que descansa mi lavado las desconocía en absoluto Hayem, el médico que popularizó las inyecciones intravenosas.

3.ª Las bases nosológicas son diametralmente opuestas.

4.ª Toda la técnica operatoria que abraza, desde la preparación de la causa hasta el último detalle, es completamente diferente, más científica y más completa.

5.ª Los fines que persigo son distintos.

6.ª Los aparatos que empleo, inventados por mí, son los únicos que se usarán en lo sucesivo para hacer inyecciones que no resulten peligrosas, ya que todos los que he tenido la terapéutica hasta hoy, el de Hayem inclusive, por no graduar la velocidad de la corriente de una manera exacta, y no indicar los cambios de la presión intravascular en cada uno de los momentos de la operación, exponen á riesgos mortales.

7.ª Los efectos que se obtienen con el lavado son tan extraordinarios y constantes, que la terapéutica del porvenir sacará de ellos grandes resultados en el tratamiento de muchas enfermedades.

Fundado en estas conclusiones, dice el doctor Moliner que si dos métodos terapéuticos resultan tan distintos por sus bases y sus fines, por su técnica y sus aparatos, justo es que reciban nombres diferentes. A él le parece que el de lavado es muy propio, y por eso, dos años há lo formuló en un discurso en la Real Academia de Medicina; después lo ha visto empleado en el laboratorio de la Sorbonne por ilustres fisiólogos y escrito también en los *Archivos italianos de biología*, con sólo la variante de llamarle *lavado del organismo*.

Para que se juzgue de la propiedad del nombre, refiere el siguiente hecho:

Con la orina que segregó después del lavado uno de los coléricos curados, hizo el P. Vicent tres inyecciones á tres conejos, los cuales murieron á las diez, dieciséis y veinte horas respectivamente con los síntomas de algidez, de cianosis y colapso, esto es, con los mismos fenómenos que presentaba el operado, y que le colocaban en peligro inminente de muerte; luego la orina segregada después de la operación (en la enorme cantidad de cuatro litros en siete veces), llevaba venenos que determinaron en los conejillos los mismos síntomas específicos que el enfermo tenía; luego algo se escapó de la sangre; algo arrastró, al salir del organismo, el agua inyectada; y estode que una corriente de agua arrastre impurezas, dejando limpios á los cuerpos, sean líquidos, sean sólidos, sean inorgánicos, sean vivos, un lavado es.

Variedades.

HOMBRES TERRIBLES

Valiente en casa...

Hay hombres terribles, verdaderas fieras, terror de sus esposas y de sus hijos, y azote de sus criados y dependientes.

Para estas buenas gentes son estos hombres una especie de inquisidores, unos monstruos que por la falta más leve les promueven un escándalo; mas para las personas de fuera de la casa, para sus iguales, son los más inofensivos y pacíficos que puede verse.

Entre el gran número de estos hombres se encontraba D. Dimas.

Con sus grandes y abultados ojazos, con su rojo y erizado bigote que semejaba á un cepillo, y con el color amarillo pálido en que trasformaba cuando le dominaba la ira el rojo vinoso de su rostro, D. Dimas era el terror de su familia.

¡Qué hombre aquél!

Durante su juventud había sido un calavera convencido, según expresión propia, que había llevado á cabo hazañas magníficas.

¿El conocer miedo? ¿El temblar? ¿Cómo se conocía que ignoraba quién era D. Dimas el que tal dijera!

—Yo no sé cómo tienen ustedes ese carácter tan tremendo—decía en cierta ocasión á

D. Dimas un su amigo, pobre diablo que con frecuencia llevaba la cara arañada por las suaves manos de su adorada mitad;—yo daría toda mi fortuna por ser como usted.

—Yo es que no puedo dominarme; cuando los bigotes se me erizan y me pongo amarillo, aunque tuviera delante un regimiento de luhlanos con bayoneta calada, me arrojaría sobre él y moriría clavado como un Cristo. Y aun hoy no soy ya lo que era en otro tiempo. ¡Si usted me hubiera conocido entonces!

—¿Aun tenía usted el carácter más fuerte?

—¡Oh! era atroz. ¿Usted creará que si Vicenta se casó conmigo fue por el amor que yo le inspirara?

—Indudablemente. Así lo creo.

—Pues no, señor; se casó por miedo; yo la obligué á ello.

—Hombre, lo mismo me sucedió á mí solo que al contrario; si Petra y yo nos casamos fue también por el miedo; por el que ella me inspiraba á mí.

—Pues sí, Vicenta y yo teníamos relaciones; pero así que tanto ella como sus padres conocieron lo terrible que yo era, me negaron la entrada en su casa. ¿Cómo se entiende—dije yo;—¡á mí negarme la entrada!; y un día me presento en la casa, cojo al padre de Vicenta, un sesaquito que necesitaba dos muletas para sostenerse, y de un trompazo lo tiro rodando; cojo á la madre, otra vieja por el estilo del padre, solo que inútil además de un brazo, y hago con ella lo mismo; y cogiendo después á Vicenta de un bracito:—¡Ya ves de lo que soy capaz—le dije;—niégate ahora, si gustas, á querermme.

—Bravo, D. Dimas; yo oyendo esas cosas me entusiasmo. ¡Eso es ser hombre y saber llevar los pantalones!

—En otra ocasión el oficial de la peluquería donde yo me afeitaba, un muchacho manchego más bruto que mandado á hacer, tomó la costumbre de dejarme la mosca torcida siempre que me afeitaba. Otro en mi lugar ¿qué hubiera hecho? Dejarse esa barbería y marcharse á otra, ¿no es verdad?

—¡Claro está! lo que hice yo una vez. Mi barbero, que era aficionado á la química y tenía en el tocador diferentes ácidos, confundió los frascos, y en lugar de rociarme la cabeza con agua de Colonia, me la roció con aceite vitriolo. Yo entonces me dejé la peluquería aquella y estuve tentado hasta de pedirle una satisfacción!

—¡Ja, ja, ja, ja... qué inocentes son ustedes! ¿Usted no sabe lo que yo hice? Pues cogí una pila de vacías que se hallaban ascurriéndose, y se la estrellé al manchego en la cabeza.

Dentro de su casa aun era más terrible. Raro era el día que por si el arroz estaba soso, por si estaban los garbanzos duros ó por cualquier otra cosa parecida, no hacía volar los platos, ó estrellaba alguna sopera contra las paredes, no siendo menos frecuente que acabara hasta por tumbar la mesa y emprenderla á bofetadas con todo bicho viviente, desde sus hijos hasta los gatos.

Don Dimas tenía entre otras, una hijada de 18 años, y ésta á su vez un novio llamado Arturito, estudiante de leyes, y joven muy afeminado y vergonzoso, incapaz de hacer más que un mosquito.

Arturito hablaba con su amada de matute, esto es, á espaldas de D. Dimas, pues éste no podía verlo ni pigado.

—El día que coja á ese hotarate—le dijo un día á su hija—ten entendido que lo rompo las piernas. ¿Lo entiendes bien? Se las rompo y luego te mato á ti.

—Pero papá, ¡si Arturito es lo más inofensivo y más buen chico del mundo!